

## Combates y rupturas en el episcopado mexicano

BERNARDO BARRANCO V.

El caso de Don Samuel Ruiz y la situación en Chiapas, han detonado la agudización de un viejo conflicto de poder, de representatividad, de sucesión al interior del episcopado mexicano y que tienen como cabezas contendientes visibles al Cardenal Corripio Ahumada y al nuncio apostólico Monseñor Jerónimo Prigione.

El antecedente más claro de este proceso de erosión interna en la conducción católica se remonta a 1986, cuando el entonces delegado apostólico Mons. Prigione interviene, a petición del gobierno de Miguel de la Madrid para frenar las impugnaciones pos electorales que realizaba la diócesis de Chihuahua, encabezada por su arzobispo Adalberto Almeida; quien había llegando al extremo simbólico de amenazar con suspender los cultos y servicios religiosos evocando la gesta costera. La fulminante y eficaz acción mediadora de Prigione le valió la confianza de una acosada clase política en el poder, sedienta de nuevos aliados. A partir de este hecho, Mons. Jerónimo Prigione se convierte en el interlocutor obligado del gobierno y del propio Vaticano. Este es uno de los primeros sintonías visibles de discrepancia entre Prigione y el Corripio que habían sostenido una poderosa alianza desde fines de los años setenta.

Al parecer el gobierno toleraba los arrebatos verbales de los obispos, sin embargo se mostraba particular sensibilidad e intolerancia a toda acción clerical en procesos electorales. Al menos así lo testimonia el famoso artículo 343 del Código Federal Electoral de 1987 que se caracteriza por su rudeza ante cualquier intromisión religiosa. Particularmente en los años ochenta la jerarquía católica como pocas veces incursiona en los escenarios políticos.

El Cardenal Corripio: el tiempo se fue entre la simulación y la prudencia

El Cardenal acumuló entre 1979-1982 todos los blasones y títulos posibles para la iglesia mexicana: cardenal, arzobispo primado de México, responsable de una de las arquidiócesis más grandes del mundo con 8 obispos auxiliares, miembro de varias Congregaciones del Vaticano y por si fuera poco, por tercera ocasión presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano. Su promoción se basaba en la tenacidad y prudencia mostrada desde los tiempos de la Unión de Mutua Ayuda Episcopal (UMAE, 1964), en una exitosa primera presidencia de la CEM y mucha habilidad para mediar entre los sectores ultra-conservadores como el obispo Aviña de Durango y los progresistas encabezados por el entonces obispo de Cuernavaca Méndez Arceo. La fuerza del cardenal radicaba en la influencia personal que ejercía entre numerosos obispos no solo de su propia arquidiócesis. Así el "círculo Corripio", o el llamado por Manuel Buendía "Partido de Ernesto Corripio Ahumada (PECA)", llega a su cúspide a principios de los años ochenta. Sin embargo por su carácter mediador y gradualista se ve rebasado por el empuje de la propia política vaticana que bajo Juan Pablo II exige a la Iglesia mexicana una estrategia más agresiva tendiente a cambiar su estatus jurídico.

Monseñor Prigione: un nuncio "a la mexicana"

Egresado de la Escuela de Diplomacia de la Santa Sede en 1951, Mons. Prigione se adapta muy bien a la cultura política mexicana y ha logrado aliarse entre la clase política a lo largo de tres sexenios. Después de 16 años ha transformado el paisaje y el perfil del episcopado mexicano. Por su despacho han pasado los cambios de sedes y los nombramientos de cerca del 90% de los obispos actuales. Según estudiosos, los traslados evitaron los excesivos regionalismos y sobre todo rompió con el hábito de nombrar obispos provenientes de los "semilleros" tradicionales como Guadalajara, Puebla y Morelia que permitió mayores equilibrios. En las diócesis problemáticas en materia electoral como Chihuahua y Oaxaca, el actual nuncio, incrustó obispos coadjutores de signo opuesto diametralmente a los titulares como medida neutralizados paulatinamente desde mediados de los años ochenta, se opera un silencioso y efectivo desplazamiento del poder, la representatividad e interlocución que abandonan la calle de Durango 90, sede del arzobispado. Prigione en línea directa con la Secretaría de Estado del Vaticano, se orienta y hace política. No solo Corripio sino el conjunto de los obispos mexicanos van quedando al margen de las negociaciones por reformar la constitución. Prigione conforma su propio círculo encabezado por el finado cardenal Posadas de Guadalajara, Reynoso de Cuernavaca, Lozano de Zacatecas, Schulenburg abad de la basílica de Guadalupe y el propio Suárez Rivera de Monterrey y presidente de la CEM.

Crónica de conflictos inocultables

A Fines de 1992, el primer escándalo se produce en torno a la solicitud de registro como asociación religiosa de la Arquidiócesis de México ante la Secretaría de Gobernación. Esta solicitud anticipada, al parecer fue una respuesta ante los insistentes rumores de dividir la Arquidiócesis. En febrero de 1993, misteriosamente el cardenal Primado, literalmente desaparece, se habla de una enfermedad y se desatan

diversas especulaciones sobre el posible sucesor, resaltan: Posadas, Lozano Barragán, Reynoso Cervantes y Suárez Rivera. La trágica muerte del cardenal Jesús Posadas a manos de traficantes, en mayo de 1993, desata nuevas contradicciones en el seno del episcopado; Prigione se empeña en admitir la versión oficial de "accidente", mientras que un numeroso grupo de obispos demandaba una investigación más profunda y creíble. La organización de la visita papal a Mérida y la mediación a puerta cerrada con el ejército para aclarar acusaciones de la pastoral social sobre posibles implicaciones castrenses con el narcotráfico (junio 1993), constituyeron las dos últimas gestiones estelares del nuncio. La intervención a nombre de Roma, de solicitar la renuncia a Mons. Samuel Ruiz García y del nombramiento de un obispo no jesuita en la tradicional prelatura de la Tarahumara dominio de la compañía desde hace más de 400 años, desataron los más incómodos cuestionamientos que Prigione jamás ha recibido desde su llegada a este país. No calibró el reconocimiento social, incluso el respeto alcanzado al interior de la jerarquía mexicana, por la labor de 35 años de Don Samuel Ruiz en las zonas indígenas de sureste de México; ni sopesó adecuadamente la influencia que aun posee la Compañía de Jesús.

Alestallar el levantamiento armado en Chiapas, Prigione ve frustrada su intención de mediar en el conflicto. El conjunto del episcopado respalda a Don Samuel, la CEM disipa dudas y rumores que implican al obispo de San Cristóbal como actor comprometido con el EZLN y responsable del desenlace. De manera insólita, los obispos conforman una comisión de información al Vaticano sobre el desarrollo de los acontecimientos. El colofón de las endiduras entre las élites católicas, se presenta cuando dos sacerdotes colaboradores directos y al más alto nivel del Cardenal Corripio, el p. Antonio Roqueñi y Enrique González Torres curiosamente jesuita, de manera abierta y directa le solicitan al nuncio su renuncia, el martes 18 de enero del presente, por las innumerables equivocaciones políticas que ha cometido en los últimos años. Consternación, principalmente entre los "herederos de dios" y gusto disimulado particularmente entre aquellos obispos saturados por el protagonismo de Mons. Prigione.

La constricción del nuncio, no puede ser más evidente, si analiza la crítica de buena parte de los medios y de líderes de opinión pública. En contra suya, se han tejido las más extrañas y hasta hace unos años, impensables alianzas entre sectores, centros, institutos y organizaciones laicales de signos tan distintos. Solo unos meses atrás, Mons. Jerónimo Prigione estaba en el cenit de su carrera diplomática, había conquistado casi todo cuanto se propuso; de pronto, así es la política, ve iniciar su curva descendente de manera vertiginosa.

#### Lecciones de las cuarteaduras católicas

Estamos asistiendo a un recambio en las estructuras de poder y de representación de la Iglesia católica mexicana. No solo Corripio sino Prigione también, muy cerca de los 75 años, enfrentan las reglas de juego del retiro; la rivalidad de ambos complica los escenarios próximos y más con la muerte del Cardenal Posadas se perciben vacíos e intensas disputas en el relevo generacional. El arduo y desgastante proceso de negociaciones que sostuvo la jerarquía para cambiar los preceptos constitucionales lejos de unir al episcopado, ahondaron las fisuras especialmente en el bloque dominante encabezado por Corripio y Prigione. Se impusieron, en cambio, la disciplina y las directrices provenientes de la Secretaría de Estado del Vaticano, personificadas en el representante del Papa en México. El conflicto real que presenciamos entre Mons. Prigione y algunos obispos mexicanos no es ni exclusivo de México ni puede solo atribuirse a la personalidad del nuncio. En Brasil, Perú, Nicaragua detectamos problemas similares donde los nuncios, están en el ojo del huracán; es decir, el telón de fondo lo constituye la política centralistas y marcante del Vaticano. Que en los hechos, reduce los espacios y márgenes de acción de las Iglesias nacionales. Para muestra, recordemos la excesiva injerencia de la burocracia romana en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Santo Domingo en octubre de 1992.

La jerarquía católica mexicana aun experimenta la inercia de gran sometimiento del Vaticano, aliado mayor en la mesa de negociaciones con el Estado. En el futuro mediato podrá negociar un nuevo tipo de relación con ambos, afirmando mayores márgenes de autonomía como las Iglesia de Estados Unidos, Francia Holanda y en la propia Italia. En la línea del policentrismo el episcopado de nuestro país tendrá que afirmar con mayor nitidez: líneas más mexicanistas, aplicando una mayor apertura a la pluralidad y tolerancia de líneas pastorales de signos diversos y hasta contrarios. De hecho en torno y en franca rebeldía a Prigione se han sentado, recientemente, a discutir sobre la libertad religiosa grupos medievales, demócratas cristianos y hasta liberacionistas, lo que constituye un hecho sin precedentes. En otro lugar afirmamos que México era "tierra fértil" para los papas. En cambio también podemos sentenciar que México es una zona inhóspita para los representantes del santo padre. Si en el siglo XIX y parte del XX los sucesivos gobiernos expulsaban a los delegados, ahora en los albores del siglo XXI son algunos obispos, órdenes religiosas y un buen número de laicos que se han propuesto expulsar, a Mons. Prigione, el personaje más importante de la Iglesia católica mexicana en la década de los años ochenta.

Sociólogo. Investigador del Centro de Estudios de las Religiones en México.